

Mi Cristo, al enemigo,
 Porque no tarde ya en amarte amigo.
 No cesas de hacer bienes,
 Por no cesar de recibir amores,
 Pues á los pecadores
 Ruegas con el perdón, por ser amado.
 Pues de noche y de día,
 ¿Qué tiene que hacer el alma mía,
 Sino en amarte más, y más amarte,
 Y, ayudando á la gracia con el arte,
 Como Pirodas (?), inventar centellas
 Del pedernal que es cárcel de piropos,
 Y miel la abeja de las flores bellas?
 Cuantos cierzo por cerros hile copos
 Y en las dehesas de zafir brillantes
 Viere trémulos prados de diamantes,
 Tantos amores te daré sin cuento,
 Si en polvaredas de agua, oscuro el viento,
 Viere olibias (*sic*) de aristas ondeantes.
 Te daré, amado Dios, tantos amores
 Cuantas hay allí frutas y aquí flores,
 Allí priesa de arena, aquí de hojas,
 De euros allí, y aquí de ruiseñores.



PARTE TERCERA

(1615-1650)

RELACIÓN

DE LA FORMA QUE SE TUVO EN EL ENTIERRO

DE DON ALONSO PÉREZ DE GUZMÁN EL BUENO

DUQUE DE MEDINA SIDONIA

Dirigida á su hijo y sucesor D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.

Pues no permite á tus piadosos ojos
 El negro luto que los cubre ahora
 Más que llorar los fúnebres despojos,
 Pues no ves las acciones con que llora
 El pueblo á tu gran padre, que en el Cielo
 La eterna Causa ya glorioso adora,
 Oye ¡oh gran sucesor! para consuelo
 De tus lágrimas tristes, la grandeza
 Que admira y agradece el patrio suelo.
 Llegó con no pensada ligereza
 El término fatal de aquella muerte,
 Que causa al mundo general tristeza.
 Ya goza el noble espíritu la suerte
 Inmortal que aguardaba; el cuerpo espera
 La tierra, que en sí misma se convierte.

La gran antorcha de la cuarta esfera
Casi en el Occidente se apagaba,
Pálida y triste, de color de cera.

El sacro mar que con sus ondas lava
La playa de Sanlúcar arenosa,
Con lágrimas agora la bañaba.

El aire, entonces mudo, la espantosa
Procesión funeral miraba atento;
Que en todos fué la suspensión forzosa.

Principio daban cinco veces ciento
Soldados, en sus siete compañías,
Al acto triste, al grave sentimiento.

Tú que ordenabas esto y no lo vías,
Porque entonces el rostro nunca enjuto
Con la bayeta del capuz cubrías,

Vestirlos todos de funesto luto
Á tu costa, señor, mandaste luego,
Con traje igual al bélico instituto.

El diestro infante á quien el humo y fuego
Ciega del arcabuz, vuelto le lleva,
De humo y fuego no: de llorar ciego.

La gran Belona aplaude, Marte aprueba
Las picas y banderas arrastradas,
Costumbre antigua, pero pompa nueva.

Cajas con luto, roncas, destempladas,
Causando horror y sentimiento oíllas,
Entre voces de llanto mal formadas;

Cien pobres con cien hachas amarillas,
Cubiertos con sus loras de bayeta,
Con lágrimas regaban sus mejillas;

Cuarenta colegiales que, en quieta
Vida, en la Caridad á Dios ofrecen
Sagrado culto y oración perfecta,

Se siguen luego; y, como ya carecen
De su señor, con ayes y gemidos
Los más duros peñascos enternecen.

Luego veintiocho hermanos conducidos
De Juan de Dios; de la Victoria, ochenta,
Por su ministro provincial regidos;

Ochenta y seis San Agustín presenta,
Ciento de San Francisco, y otros ciento
Santo Domingo da con igual cuenta.

Ochenta y cuatro clérigos con lento
Y grave paso, á coros entonaban,
Mezclando con la música el lamento.

La Caridad y su capilla alzaban
La dulce voz, y todos, con la cera
Ardiendo, el aire y procesión ornaban.

De cuantas sabe el mar, cada extranjera
Nación, por orden, con su cónsul iba,
Todos con luto y con piedad sincera.

Á todos pasma la grandeza altiva,
La pompa y los principios soberanos
Del nuevo Duque, que mil siglos viva.

Siguiéronse después los ciudadanos
De Sanlúcar, con loras tan cerradas,
Que cubrían cabeza, pies y manos.

Según su antigüedad, representadas
En sus concejos, villas y lugares
Siguen con luto igual estas pisadas.

Caballeros después particulares
De la misma ciudad, en ley y fuero
De la lealtad vasallos singulares.

Después el mayordomo y camarero
Del Duque á quien el ataud encierra,
Del muerto, digo, su señor primero.

El uno y otro su bastón de guerra,
Representando así que tuvo nombre
De digno general de mar y tierra.

Luego, sobre un caballo, un gentilhombre
De la cámara al mundo ejemplo daba
De cuánto es bien que su mudanza asombre.

Éste el guión de general llevaba,
Y al caballo y á él, todo, hasta el suelo,
Cubría el negro luto que arrastraba.

Otro caballo, en fin, de terciopelo
Negro todo cubierto, y todo armado,
Digno del carro del señor de Delo:

El mismo irracional, que, desherrado,
Las piedras pisa con dolor, parece
Que entiende la razón del triste estado.

Cuatro lacayos á la vista ofrece
Luego el grave espectáculo, enlutados,
Vestido que los cubre y entristece.

Con lobas dos ministros diputados,
Á los caballos noblemente el puesto
Ocupaban aquí de los dos lados.

Á pié, el caballerizo, con funesto
Capuz cubierto el rostro, atrás venía,
Todo por tu prudencia así dispuesto.

Con regio sceptro y cota que vestía
De las armas reales, que apariencia
Vistosa y grave sobre el luto hacía,

Pasó luego un rey de armas, preeminencia
Que goza tu gran casa solamente,
Por ser de tronco real su descendencia.

En medio le llevaban gravemente
Dos maceros con lobas, y sobre ellas,
Las cotas de tus armas igualmente.

Seguían luego las funestas huellas
El cuerpo de aquel alma que en la gloria
Con inmortales plantas pisa estrellas.

Permite ¡oh Tiempo! que tan grave historia
En vividores mármoles se escriba,
En jaspe ó bronce de inmortal memoria.

¡Oh estatua de Nabuco! En tierra estriba
El hierro fuerte, cobre, plata y oro,
Y al golpe de una piedra se derriba.

¿Quién vió la majestad, quién el decoro
De aquel cadáver, ya materia sola
De desengaño, de tristeza y lloro?

El respeto de todos, la española
Grandeza en tierra yace... ¡Oh mundo vario!
Naturalmente ruedas, que eres bola,

El inconstante ser de tu voltario
Curso, á la choza el Capitolio asido,
Con igual pie, sin distinción contrario.

Sacaron, pues, con general gemido,
El sacro peso que difunto clama
El pueblo, por las calles esparcido,

Asido al tronco, como digna rama,
El marqués de Ayamonte, á cuya frente
Victorioso laurel rinde la fama,

Don Francisco Duarte, presidente,
Y otros cuatro, en nobleza semejantes,
Con cruces en los pechos dignamente,

Todos, si en cuerpos no, en valor gigantes;
Que para el alto cielo de Medina
No pudieran bastar menos Atlantes.

Después, en hombros su patrón camina
De seis padres dominicos, con pechos
Llenos de amor y reverencia digna.

Luego le llevan otros seis, á trechos,
De cada religión que le acompaña,
También Alcides como Atlantes hechos.

La caja iba cubierta, y con extraña
Majestad la cruz roja que en la guerra
Es insignia fiel de nuestra España.

Luego, arrastrando lutos por la tierra,
Diez y seis capellanes rodeaban
El gran cadáver que la caja encierra.

Estos por su Excelencia á Dios cantaban
Siempre en la Caridad dignos loores,
Cuya fundación noble tanto alaban.

Siguióse la Ciudad, los regidores
Y demás oficiales, los Ulpianos
Letrados de su cámara y oidores.

Tú, nuevo Duque, con tus cuatro hermanos,
El de Ayamonte, el Presidente, y luego
Hábitos y otros nobles sevillanos,

Cual fénix que renace de su fuego,
Saliste acompañando aquel tesoro,
Que á las entrañas de la tierra entrego,

Sobre la loba el vellocino de oro,
Porque era tu gran padre caballero
Del orden mismo, con igual decoro.

Tus criados, señor, con verdadero
Dolor y sentimiento, atrás venían
Por orden, desde el último al primero.

Los doscientos infantes que tenían
Las bocas de las calles ya tomadas,
Cerca del templo en orden asistían.

Las demás compañías, ordenadas
Allí en la plaza, un escuadrón formaron,
Con arte militar disciplinadas.

Todos así á la Caridad llegaron,
Donde, con arte nueva, un eminente
Túmulo al muerto Duque levantaron.

La artificiosa traza, la valiente
Arquitectura, á su inventor ha hecho
Famoso en propia y extranjera gente.

Por remate del túmulo, derecho,
Pendía gravemente el estandarte,
Cuya punta tocó el dorado techo;

Digo, la insignia real que, para el arte
De la milicia, al General que ampara
El Océano todo entregó Marte.

El túmulo era negro, mas con rara
Pompa; las hachas, que amarillas eran,
La noche hacían reluciente y clara.

Tantas eran las luces, que, si fuera
Con proporción esférica formado,
El estrellado globo pareciera.

En el segundo cuerpo relevado
Del gran túmulo estaba su Excelencia,
Gran Duque ayer, hoy cuerpo inanimado,

Á cuya cabecera, en la eminencia,
Por general de nuestra Andalucía,
Hizo el regio guión grave apariencia.

El mayordomo su bastón tenía,
El suyo el camarero, y á los lados
Le hicieron la postrera compañía.

Todos ya en sus lugares señalados,
Se comenzó el oficio y los suaves
Tonos, con arte y devoción cantados.

Eran las voces dulcemente graves,
Á quien con tristes y funestos cantos
Ayudaban también nocturnas aves.

Tiernos suspiros y piadosos llantos,
Haciendo melancólica armonía,
Acompañaban los oficios santos.

Luego ¡oh triste espectáculo! á la fría
Tierra entregaron el cadáver noble,
Que ha de volver glorioso el postrer día.

Aquí, con grave y lastimoso doble,
Pudieran tiernamente las campanas
Doblar el duro corazón de un roble.

Pidió, con muestras de humildad cristiana,
Á la puerta del templo sepultura:
Desprecio heroico de las pompas vanas.

Mas tú, señor, cuya piedad procura
Venerar las reliquias de tu padre,
Acción que larga vida te asegura,

Cerca de Dios y su piadosa Madre,
Dentro del mismo altar mayor, le ordenas
Sepulcro tal, que á su grandeza cuadre.

Puesto el tesoro ya dentro en las venas
De la tierra, que avaras recibieron,
Quedando entonces de riqueza llenas,

El camarero y mayordomo fueron
Por el rey de armas luego y de las gradas
Del túmulo, en que estaba, le trajeron.

Venía entre los dos que las doradas
Mazas traían, todos tres llevando,
Con lobs negras, cotas coloradas.

Llegaba al medio de la iglesia, cuando
Pidió atención, y á todos los presentes,
Que oían con silencio, aunque llorando,

Dijo: «El Guzmán que tantos excelentes
Títulos tuvo, duque, marqués, conde,
General, y otros muchos eminentes,

»Nuestro señor, es muerto y vive adonde
Durará eternos siglos, aunque ahora
El cuerpo solo aquel sepulcro esconde.

»Rogad á Dios por él.»—En más de un hora
No cesaron las lágrimas vertidas
Del fiel pueblo que á su dueño llora.

Todos, en fin, con velas encendidas,
Cantaron el responso postrimero:
¡En esto paran las humanas vidas!

Volvieron mayordomo y camarero
Por el mismo rey de armas, que ya había
Vuelto otra vez á su lugar primero,

Y entonces, anunciando el alegría
De un cielo ya sin nubes, más sereno,
En alta voz al pueblo así decía:

«El excelente y de grandezas lleno
Don Manuel, á quien llaman juntamente
Alonso Pérez de Guzmán el Bueno,

»De Medina Sidonia, inmortalmente
Dignísima ciudad, duque famoso,
Conde de Niebla ilustre y excelente,

»De Cazaza, en el África, glorioso
Marqués y, por más gloria de su estado;
Del gran Sanlúcar dueño generoso,

»General del Océano salado
Y costa de Andaluces, caballero
De la insigne orden del Tusón dorado,

»Es vuestro natural y verdadero
Señor: rogad á Dios que le dé vida
Y que os gobierne en paz un siglo entero.»

Un caballero aquí, de conocida
Nobleza, dignamente tu criado,
Con gallarda destreza prevenida,
El estandarte real enarbolado
Al aire tremoló, y el pueblo junto
Aplaudió felizmente consolado.

La música dió luego á un mismo punto,
Con órganos, campanas, chirimías,
Al vivo parabién, paz al difunto.

Luego las ordenadas compañías,
Enarbolando picas y banderas
Y juntando tristezas y alegrías,

Junto de tu palacio, en sus hileras
Un escuadrón hicieron prolongado,
Como, si no le ves, le consideras.

Ya, conforme al estilo acostumbrado,
Iban los arcabuces; los tambores
Hacían són distinto y acordado.

Era de noche ya; los resplandores
De los astros no más al mundo daba,
Á quien sus luces llegan ya menores.

Si el cielo con estrellas se alumbraba,
La tierra con treinta hachas que, delante,
De pajes igual número llevaba.

Llegados ya á palacio, al mismo instante
Aclamó todo el pueblo á Vuexcelencia
Por hijo á su gran padre semejante.

«¡Viva!» dijeron todos y, en presencia
 De toda la ciudad, los capitanes
 Te rindieron humildes la obediencia.
 Aquí sus tremolados tafetanes
 Los alféreces todos abatieron,
 Cuanto su luto permitió galanes.
 Tú retirado en fin, todos se fueron,
 Aunque para los últimos honores
 De su muerto señor se previnieron.
 Nueve elocuentes destos oradores
 Nueve continuos días publicaron
 Al mundo sus dignísimos loores.
 El clero y religiosos dedicaron
 En devoto incruento sacrificio
 Á Dios el mismo Dios que consagraron.
 En persona asistías al oficio,
 Siempre con grave música solene,
 Dando de tu piedad bastante indicio.
 Ya, sin duda, señor, tu padre tiene
 La herencia celestial del Reino santo,
 Que como á hijo de adopción le viene.
 Descanse en paz. Y tú también, en tanto,
 Permite á Iris que serene el cielo
 Y que destierre nubes de tu llanto.
 Mira el afecto, la piedad y el celo
 Con que te pide el mundo que permitas
 Lugar al tuyo y al común consuelo.
 Diviértate el aplauso y las visitas
 Con que Sevilla te ha reconocido
 Por nuevo dueño que á tu padre imitas.
 ¿Qué príncipe, qué noble no ha venido
 Con arrastrados lutos? Esto diga
 La confusión de tantos y el ruido;
 Que, como á todos el favor obliga
 De tu gran casa, apenas hay alguno
 Que, por sangre ó respeto, no la siga.

¡Qué de veces el mar crece importuno,
 Por llegar á tus pies! De imaginalló
 Se extiende tanto y hincha el gran Neptuno.
 Pero si queda atrás, como caballo
 Á quien el freno rinde, espumas echa,
 Mas sujétase, en fin, como vasallo.
 ¡Oh; cuánto está tu patria satisfecha
 De los principios de tu gran gobierno!
 Justicia siempre igual: vara derecha.
 No menos te promete nombre eterno
 Aquella liberal magnificencia
 Con que la copia ha derramado el cuerno.
 Tienes, señor, por la mayor herencia,
 Premiar y honrar á todos; que ha heredado,
 Sin duda, para todos Vuexcelencia.
 En fin, no veo que á ningún criado
 De tu padre despojas; antes veo
 Que á muchos dellos has aventajado.
 De todo en todos haces digno empleo,
 Y á mí, aunque indigno soy, también me cupo
 La parte principal de mi deseo.
 Tu grandeza, señor, que honrarme supo,
 Suplió mi pequeñez: ya gratamente
 Con recibido honor mi puesto ocupó.
 Tu consorte dignísima, excelente
 Duquesa, envidia de la edad pasada
 Y decoro inmortal de la presente,
 Con gloria en esta vida comenzada,
 Goce una eternidad tu compañía,
 Á entrambos dulcemente regalada.
 Dure eterna la gracia y bizarría
 Del hermoso clavel y bellas flores
 Que el nuevo Abril en tiernos años cría.
 Digo, los generosos sucesores
 De vuestra casa y sangre, de Medina
 Y de Lerma gloriosos esplendores.

Y ésta á la región más peregrina,
 Á su pesar del tiempo y del olvido,
 Causas de toda universal ruina,
 Viva siempre inmortal vuestro apellido.

CONTRA LA ANSIOSA CUDICIA

Pues corazón cudicioso
 Jamás se pudo hartar,
 Quítate tú el desear,
 Que yo te haré dichoso.
 No tomes lugar dudoso
 Si en salvo te quieres ver;
 No quieras mucho querer,
 Pues daña la demasía;
 Que para una pasadía
 Harto poco es menester.

Dile á la gula que entienda
 Que á la hambre todo es bueno;
 Que acortar al gusto el freno
 Es alargar la hacienda.
 Y para que ésta no ofenda,
 Si no que sirva oportuna,
 No sea mucha, mas alguna,
 Con que no llegue á pobreza;
 Y así la naturaleza
 Se reirá de la fortuna.

Que, pues gula y opinión
 Piden lo demasiado,
 No guardes con un candado
 El oro y el corazón.
 Hambres abundantes son
 Las riquezas de Fineo;
 Haz en las cosas empleo
 Conforme á naturaleza;

Que el remedio en la pobreza
 Es acortar el deseo.

Cuanto más leña se emplea,
 Más el fuego á crecer viene;
 No es pobre el que poco tiene,
 Sino el que mucho desea.
 Con cualquier cosa que sea,
 Ya espléndida, ya soez,
 Te alegres, porque tal vez
 No te haga el tiempo alcances;
 Y si no previenes lances,
 No juegues al ajedrez.

La medianía, en sustancia,
 Es tan excelente cosa,
 Que llega á ser muy dichosa,
 Á pesar de la abundancia.
 No es vivir mala ganancia;
 Tiempo y no vida es buscar;
 Ahorra de desear;
 Vive alegre, aunque sin fama;
 Que si no arrancas la grama,
 Ocio estéril es sembrar.

No, cual gusano de seda,
 Sea tu cárcel tu sudor:
 Estima en mucho tu amor
 Y tú á ti mismo te hereda.
 No se lleva lo que queda:
 Págate lo que has ganado;
 Que, pues jüez y abogado
 Piden, tengo por mejor
 Pagar al acreedor,
 Y así, morir descansado.

No te des tus bienes tarde,
 Pues tu hermano eres mayor;
 Que cudicia, edad ni flor
 No mejoran en la tarde.
 No es bien que á vivir se aguarde

Cuando la vida se ha ido;
No mueras de prevenido;
Para ti mismo te quiero;
Que el tiempo deja primero
De ser que de haber venido.

No te. (1)

Con uno y otro cuidado;
Que no hay en el ocupado
Cosa menos que vivir.
Podrás la verdad oír,
Lo que el rico no merece;
Porque cuando el miedo ofrece
Lo más, da allí lo peor;
Y así, en su altura mayor,
Más humo se desvanece.

Á UN AVARIENTO

Estéril rico menguado,
Sepulcro del bien ajeno,
Si quien mal hace mal piensa,
Malos son tus pensamientos.
Lo que más tienes y guardas
Eso es lo que tienes menos,
Porque sólo el oro es causa
De tu pobreza, avariento.

Agradable sacrificio
Serás de tus herederos,
Que llorarán, no tu muerte,
Sino el no haberte antes muerto.

Los deseos de tu luto
Premiarás á tus hijuelos,
Que les pesa que te añadas
Lo que les quitas á ellos.

(1) Llevóse casi todo este verso, en el códice de Sevilla, único en que esta composición se encuentra, la cuchilla de un ruin encuadernador.

Si contigo te empeoras,
Castigo eres de ti mismo,
Pues no tienes lo bastante
Cuando tienes lo superfluo.

Tú te aborreces á ti
Aún más que te aborrecemos;
Y el que para sí es tan malo
No será para otros bueno.

Tu moneda idolatrando,
La cuentas por pasatiempo;
Que adonde hay mucho dolor
Acuden mucho los dedos.

Mas lo que nada te sirve
Estímalo en nada, necio;
No te canses; que contarlos
No es usar de los dineros.

No es sed, sino hidropesía,
Pues no te sana el remedio;
Que el oro, aunque es medicina,
Aumenta el mal al enfermo.

Púrgate de las riquezas,
Por no morir de repleto;
Que el deseo de tener
No se mitiga teniendo.

Despiértanse con el oro
Con más ansias sus afectos;
Salsa que incita y no harta
Al apetito hambriento.

Satisface á la pobreza
El oro, no á los anhelos,
Porque éstos se encienden más,
Como con la leña el fuego.

Nadie del manjar se abstiene
Si lo tiene, y hambre dello;
Mas tú al dinero no llegas,
Con la hambre del dinero.